



## **Las transformaciones de las miradas sobre la política popular en la Argentina: notas tomadas de una tesis<sup>i</sup>**

*Gabriel Vommaro<sup>ii</sup>*  
*(UNGS-Conicet)*

### **Resumen**

Este artículo se propone, por un lado, analizar los factores que contribuyeron a hacer de la categoría “clientelismo” una etiqueta al mismo tiempo moral, académica, experta y política que se impuso en la Argentina como modo de designación dominante de la relación de los sectores populares con la política desde los años noventa. Por otro lado, se trata de analizar el recorrido metodológico y conceptual de la investigación que se propuso responder a este problema, desde el momento mismo de su formulación hasta la delimitación de los terrenos y de los períodos pertinentes para su abordaje. De esta manera, se aspira contribuir al análisis de las transformaciones recientes del estatuto simbólico de los sectores populares en la Argentina y a una crítica de la clave de lectura de la política popular basada en la etiqueta de “clientelismo”.

### **Résumé**

Cet article se propose, d'une part, d'analyser les facteurs qui ont contribué à faire de la catégorie « clientélisme » une étiquette à la fois morale, académique, experte et politique qui s'est imposée en Argentine comme mode de désignation dominante du rapport des classes populaires au politique depuis les années quatre-vingt-dix. D'autre part, il s'agit de réfléchir sur le parcours méthodologique et conceptuel de l'enquête qui s'est proposée de répondre à ce problème, depuis le moment même de sa formulation jusqu'à la délimitation des terrains et des périodes pour son étude. De cette manière, on cherche à contribuer à l'analyse des transformations récentes du statut symbolique des classes populaires en Argentine et à une critique de la clé de lecture de la politique populaire basée sur l'étiquette de « clientélisme ».

## **1. Presentación**

¿Por qué la categoría “clientelismo”<sup>iii</sup> –una etiqueta al mismo tiempo moral, académica, experta y política<sup>iv</sup>– se impuso en la Argentina como modo de designación dominante de la relación de los sectores populares con la política desde los años noventa? ¿Qué tipos de miradas sobre el mundo popular implica la movilización de esta categoría? ¿Cuáles son los actores que la utilizan, en qué contextos y según las lógicas de qué espacios sociales? En el trabajo en que se basan estas páginas (Vommaro, 2010), nos propusimos responder a estas preguntas para contribuir al análisis de las transformaciones recientes del estatuto simbólico de los sectores populares en la Argentina<sup>v</sup> y a una crítica de esta clave de lectura de la política popular, basada en la etiqueta de “clientelismo” que, sostenemos, se trata de una mirada simplificadora y estigmatizante, que responde más a las lógicas y a los envites de los espacios sociales donde es producida y reproducida que a una descripción ajustada de su objeto.

Nuestra empresa necesitó, por un lado, de una explicitación de los factores sociales que explican la génesis y la consolidación de este nuevo sentido común académico y no académico; por otro lado, de una descripción de la política popular que diera cuenta de su complejidad y de su polisemia, que hacen que esta escape a las simplificaciones de las perspectivas que se centran en el concepto de “clientelismo”. De este modo, la empresa sociohistórica de reconstrucción de la visión dominante sobre la relación de los sectores populares con la política podía ser completada con la propuesta de alternativas analíticas para pensar este fenómeno de otro modo.<sup>vi</sup>

En las páginas que siguen, nos gustaría dar cuenta de la manera en que hemos llegado a construir este problema sociológico y de los procesos implicados en su análisis, para “abrir” de algún modo la trastienda de nuestro trabajo de investigación.

## **2. Lo que da nacimiento a la tesis: la política popular y el “clientelismo”**

Nuestra investigación comenzó con una constatación: el uso progresivamente extendido de la categoría “clientelismo” tanto en los discursos académicos y expertos como en los discursos periodísticos, políticos y de otros actores del espacio de la comunicación política.<sup>vii</sup> No obstante, nuestro interés inicial se refería al estudio de las transformaciones de la política popular en la Argentina desde el principio de la transición democrática (1983). En un trabajo anterior (Vommaro, 2008) habíamos estudiado las transformaciones del campo político que habían tenido lugar durante ese período. El análisis de la introducción de la práctica de los sondeos de opinión e intención de voto como herramientas cognitivas –una suerte de brújula de orientación en la lucha política– y simbólicas –una forma técnica de poner en evidencia el capital político de un político o



de un gobierno— utilizadas en la lucha política nos permitió describir la formación de un nuevo espacio de luchas simbólicas. Así, pudimos dar cuenta de los principales rasgos del espacio de la comunicación política, del que los actores de la política tendían a participar cada vez más con el fin de conquistar posiciones dominantes para imponer sus visiones del mundo social. La mediatización de la política parecía concentrar todas las energías de los actores de este campo. Después de aquel trabajo, queríamos ver cómo, en este contexto, la política no mediatizada conservaba su importancia, y estudiar sus características cuando las formas movilizadas de aparición del “pueblo” parecían ser reemplazadas por relaciones más distantes con la política, condensadas en la percepción de los ciudadanos bajo la noción de “gente” (Vommaro, 2008). Nuestro interés por la literatura sobre la política tal como se practica en el territorio nos reveló que el concepto de “clientelismo” era el lugar común para dar cuenta de las relaciones políticas a nivel local, en especial cuando se trataba de analizar la política popular. Al parecer, fuera del vínculo ciudadano “libre” y de su representación en términos de audiencia, poseedora de una mirada distante y crítica de las apariciones mediáticas de los políticos, no había más que “clientes” y “patrones”. Y esta posición no era exclusiva de los análisis académicos. Emprendimos así una primera investigación sobre los usos de la palabra “clientelismo” en la prensa nacional desde los años noventa hasta los años dos mil, lo que nos permitió constatar un aumento importante del uso de esta etiqueta. Observaciones similares que pudimos hacer de la lectura de discursos expertos y gubernamentales sobre la pobreza nos convencieron de que un estudio de las transformaciones de la relación de los sectores populares con la política implicaba analizar, al mismo tiempo, las miradas académicas y no académicas sobre la política popular, en tanto esas imágenes tendían a devolver a ese grupo social una imagen de sí condensada en la etiqueta de “clientelismo”, acusación con la que los “pobres” debían lidiar para aceptarla, rechazarla o movilizarla como herramienta moral en sus interacciones políticas cotidianas.

Estas constataciones nos condujeron a redefinir nuestro objeto: trabajaríamos, a la vez, sobre las formas adoptadas por la política popular y sobre el tratamiento que hacían de ella –en términos de “clientelismo”– diversos observadores, con el fin de reconstruir una sociología de la construcción ideológica de las miradas dominantes sobre lo popular en Argentina. Definimos los procesos y los ámbitos principales de movilización de esta categoría y, así, nos dimos cuenta rápidamente de la multiplicidad de las manifestaciones y de las temporalidades de este fenómeno. Esta es la razón por la que recurrimos a distintas fuentes y metodologías con el fin de reconstruir, por una parte, universos y mecanismos específicos de producción y reproducción del “clientelismo” como principio de lectura de la política popular y, por otra parte, puntos de confluencia entre estos universos, que hicieron de la etiqueta una *máquina de crítica moral* capaz de atraer intereses y motivaciones diferentes.

### 3. Un objeto multiforme

Así definido, nuestro objeto presentaba dimensiones objetivas y subjetivas que trataremos de describir brevemente a continuación.

#### *A. Una nueva configuración del mundo popular, de su vínculo con la política, con el Estado, con el trabajo y con el territorio*<sup>viii</sup>

El uso de la categoría “clientelismo” como clave de lectura dominante de la política popular se consolida, en primer lugar, sobre la base de importantes transformaciones de los sectores populares en Argentina. En efecto, estos grupos experimentaron cambios en su configuración a partir de la última dictadura militar (1976-1983). La apertura de los mercados industriales a la competencia internacional y la liberalización del mercado de capitales trastornaron las relaciones de fuerza de la “Argentina peronista”, donde el pleno empleo y el poder de los sindicatos permitían discutir los salarios y las condiciones de trabajo. La reducción de los aranceles a las importaciones produjo una abrupta detención del crecimiento del empleo industrial y causó una crisis aguda en algunas ramas de actividad: entre 1975 y 1980, el empleo industrial disminuyó un 26%. A nivel político, la suspensión de los acuerdos salariales, la prohibición del derecho de huelga y la política represiva acompañaron esta empresa militar de “disciplinamiento social” (Canitrot, 1981). Si las consecuencias estructurales de la política económica de la dictadura solo fueron claramente percibidas a partir de mediados de los años ochenta, fue también porque la llegada del nuevo gobierno democrático en 1983 no invirtió el proceso. La crisis hiperinflacionaria de 1989 reforzó la degradación de las condiciones de vida de los sectores populares iniciada en 1976. La política neoliberal emprendida por el gobierno peronista de Carlos Menem (1989-1999) –reforma del Estado, privatización de empresas públicas y apertura del mercado interno a la competencia internacional– aceleró el proceso. Se operó así una verdadera revolución de las condiciones de existencia de los sectores populares que empeoró dramáticamente sus oportunidades de vida (del Cueto y Luzzi, 2008).

Se pasa así de una sociedad donde cerca del 80% de la población activa se inscribía en relaciones salariales clásicas, donde la protección y los derechos sociales ligados al trabajo estaban asegurados –en parte por las prestaciones sociales sindicales–, a una sociedad de “exclusión”, caracterizada por la pérdida de las protecciones sociales ligadas al trabajo, por las desigualdades sociales crecientes, el aumento pronunciado de la pobreza y de la indigencia, el empobrecimiento de los sectores populares y medios y por el crecimiento del trabajo en negro, del trabajo informal y del desempleo de larga data. La política económica llevada adelante por el gobierno de la Alianza entre la Unión Cívica Radical y el Frente por un País Solidario (1999-2001) no hizo más que agravar los problemas financieros del Estado argentino y la crisis social de los sectores populares. La

convertibilidad monetaria iniciada en los años de C. Menem se volvió cada vez más difícil de mantener y el endeudamiento del Estado, tanto como la necesidad de nuevas fuentes de financiamiento, hicieron del gobierno un actor político muy débil y dependiente de la “buena voluntad” de los organismos multilaterales de crédito, en especial del FMI.

El gran problema de la crisis del mundo salarial es que la posibilidad de acceder a derechos ligados a la salud, la jubilación, etc., y del acceso a otras prestaciones sociales (ocio, deportes, etc.) dependen, en la Argentina, de la situación de empleo de las personas. El desempleo y el crecimiento del trabajo en negro hicieron que no solamente el trabajo perdiera un lugar central en la vida diaria y en las relaciones con la política de los sectores populares, sino que estos vieron además limitados sus principales derechos sociales. Las repercusiones se hicieron sentir también en los sindicatos: entre 1985 y 1995, según la Organización Internacional del Trabajo, la tasa de sindicalización baja un 42,6%. Las organizaciones trabajadoras adoptaron entonces una postura defensiva y, a falta de poder negociar las condiciones de trabajo y/o los salarios, tendieron a privilegiar, en la mayoría de los casos, su supervivencia organizativa (Murillo, 1997).

Las transformaciones de la configuración de los sectores populares en la Argentina pueden así resumirse en tres procesos que afectaron, en particular, a las capas más bajas de estos sectores: el empobrecimiento, la desalarización y la precarización. Dichos procesos debilitaron el vínculo de estos grupos con el mundo del trabajo formal y favorecieron un proceso de territorialización de su sociabilidad y de su “politicidad”.<sup>ix</sup> Se asiste así a una fragmentación tanto objetiva como simbólica de estos sectores, entre los que las capas más desfavorecidas –y cada vez más numerosas– vieron severamente debilitados sus vínculos con el mundo del trabajo formal, así como la sociabilidad política asociada a este último –la vida de los sindicatos.

De este modo, en nuestro trabajo, cuando hablamos de los “pobres”, retomando los términos de los actores que designan a las personas que deben ser ayudadas por medio de las políticas sociales de “lucha contra la pobreza”, hacemos referencia más precisamente a estas franjas más bajas de los sectores populares.<sup>x</sup> Quedan fuera de nuestro análisis los grupos dominantes de las clases dominadas: los trabajadores que trabajan legalmente, importantes en términos de número y de capacidad de movilización política, ya que los sindicatos son uno de los actores sociales más importantes del país. En cambio, los “pobres” se convirtieron en el corazón de la imagen dominante de los sectores populares –al igual que los obreros metalúrgicos lo eran hasta los años setenta– y las políticas sociales dirigidas a ellos, en especial en los años noventa, aparecen como el núcleo duro de la “cuestión social”.<sup>xi</sup>

### *B. La redefinición de la “cuestión social” en términos de “lucha contra la pobreza”*

Los problemas sociales de los sectores populares desalarizados, precarizados y empobrecidos conllevan nuevas formas estatales de tratamiento de estos grupos, que afectaron

tanto su estatuto material como simbólico. Desde finales de los años ochenta, y, en particular, desde principios de los años noventa, la “cuestión social”<sup>xii</sup> fue definida en términos de “lucha contra la pobreza” y se pusieron en marcha políticas de este tipo financiadas y promovidas por los organismos multilaterales de crédito, en especial por el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). El tratamiento estatal del deterioro de las condiciones de vida de los sectores populares influyó en gran manera en las transformaciones políticas de este sector. Ya en 1985, el gobierno de R. Alfonsín había implementado el Programa Alimentario Nacional (PAN), con el que asumía los problemas sociales de los sectores populares concentrando sus acciones sobre los grupos que enfrentaban problemas de supervivencia, dado que el problema del empleo aún no era percibido como una característica estructural de la sociedad argentina. El PAN representaba una innovación por dos razones: por una parte, por primera vez en varias décadas un gobierno nacional aplicaba un programa masivo de asistencia alimentaria de los sectores populares, lo que ponía de relieve las transformaciones sociales sufridas por el país durante la dictadura militar; por otra parte, se trataba de un programa que tenía un criterio focalizado de distribución de los recursos, es decir que la asistencia –en este caso las cajas que contenían alimentos para las familias “pobres”– era distribuida entre una población que cumplía ciertas condiciones de pobreza extrema.<sup>xiii</sup> Por otra parte, el PAN era concebido como un programa temporal destinado a dar un tratamiento rápido a las situaciones de pobreza extrema, concebidas ellas mismas como excepcionales.

El aumento de la pobreza hizo del problema de las condiciones de vida de los sectores popular un objeto de preocupación política fundamental en la década siguiente. Aun cuando parecía claro que estos problemas estaban vinculados al deterioro del mercado de trabajo y de las condiciones de empleo, la ideología del Consenso de Washington que guiaba la política del gobierno de C. Menem –y promovía la flexibilización de las condiciones de contratación laboral– impedía no solo actuar sobre las causas estructurales de esta situación, sino también organizar una política universal de protección de los desocupados que siguiera, por ejemplo, el modelo europeo. Esta medida habría actuado como un freno al deterioro de los salarios, fijando un mínimo social que ejerciera presión sobre el mercado de trabajo. De un lado, los economistas neoliberales argentinos y extranjeros así como los expertos del Fondo Monetario Internacional afirmaban que los problemas de desempleo y de pobreza serían superados una vez que se vieran los frutos del crecimiento económico. Del otro, el “ala izquierda” de los organismos multilaterales, representada por algunos sectores del BID y el BM, comenzaba a postular la importancia de la articulación de las políticas económicas ortodoxas con políticas sociales “compensatorias” orientadas a los “perdedores” de la apertura económica. Como lo subraya Denis Merklen, se pasa entonces del tratamiento estatal del problema de las condiciones de vida de los trabajadores al tratamiento social del problema de los “pobres” (Merklen, 2005: pp. 99 y sigs.) Si este proceso forma parte de

un movimiento regional e internacional,<sup>xiv</sup> favorecido por los organismos multilaterales, el caso argentino presenta sus especificidades: se trata de un país cuya estructura social difiere de otros países de América Latina, en particular en lo que refiere a su anterior tasa de salarización, relativamente alta, como fue mencionado más arriba, incluso similar a la de algunos países centrales.<sup>xv</sup> La transformación de la cuestión social en cuestión de “lucha contra la pobreza” requirió, de este modo, varias operaciones simbólicas y prácticas que analizamos en nuestra tesis.<sup>xvi</sup> En cualquier caso, lo que subyace a estas transformaciones es una disociación entre las políticas de empleo y de ingresos y las políticas sociales, lo que hizo de los “pobres” antes “objetos” de los programas sociales que actores que participan de las luchas por la distribución del excedente social.

La creación de la Secretaría de Desarrollo Social en febrero de 1994 se inscribe en el proceso de implantación de estas nuevas concepciones de la cuestión social, y representa un punto de inflexión en el tratamiento de la pobreza en la Argentina. Esta secretaría, impregnada de los postulados de los organismos multilaterales en cuanto a políticas sociales, sostuvo un discurso técnico de “gerencia social” que promovía la focalización, la descentralización y la participación de la “sociedad civil” en la implementación de las políticas. Según el gobierno de C. Menem, la solución a los problemas sociales de los sectores populares desalarizados residía en la multiplicación de programas sociales focalizados y descentralizados (Lo Vuolo et al., 1999: p. 191).<sup>xvii</sup> La filosofía que guiaba la mayoría de los programas tenía por objeto no solo luchar por la mejora de las condiciones materiales de vida de los sectores populares, sino también emprender una “rehabilitación” de los “pobres”: temas como la carencia del “capital social” de estos últimos y la necesidad de su “*empowerment*” acompañaban los discursos expertos sobre la gestión de los programas sociales. La cuestión de las formas de distribución de los recursos en el territorio pasa a ser, en este contexto, un objeto de disputa fundamental, y el “clientelismo” es entonces percibido como el principal obstáculo para la mejora de las condiciones de vida de los “pobres”.

Por otra parte, en la creación de esta secretaría puede observarse una alianza inesperada entre dos grupos sociales, lo que favoreció la promoción de las políticas sociales de “lucha contra la pobreza”. Se trata del encuentro entre los expertos de los organismos multilaterales y los peronistas de tradición basista y social cristiana. En efecto, la tradición basista del militante peronista y social-cristiano argentino, desarrollada en los años sesenta y setenta, promovía la “organización popular” y la educación de estos grupos a partir de sus propios conocimientos y de sus propias experiencias, ideas que habían sido fomentadas por el pedagogo brasileño Paulo Freire. A diferencia de las organizaciones armadas, tanto las de la nueva izquierda como las de la izquierda del peronismo, que concentraban sus energías en la toma del poder del Estado, esta corriente proponía iniciar las transformaciones revolucionarias desde abajo, reforzando el poder de los sectores populares a partir de su organización a nivel local. Esta ideología resultó compatible con la que los expertos de los organismos multilaterales, inspirados por la teoría de las “capacidades” del

economista indio Amartya Sen, comenzaban a fomentar. Así, el “*empowerment*” de la “sociedad civil” como nueva consigna dominante permitió a los antiguos militantes basistas retraducir su promoción de la “organización popular” para reconvertirse en expertos y funcionarios estatales en el dominio de las políticas sociales. Tal es el caso del más importante secretario de Desarrollo Social del gobierno de C. Menem, Eduardo Amadeo, y de otros cuadros de esta oficina. En todos los casos, el “clientelismo” aparecía como un mal social y político que frenaba este proceso de reforzamiento de las “capacidades” de los “pobres”.<sup>xviii</sup>

La alianza entre la filosofía del “empoderamiento” de las capacidades de los “pobres” (*empowerment*), predicada por estos organismos, y la bandera de la “participación popular”, movilizada por los antiguos militantes de base vinculados al peronismo y a las corrientes sociales de la Iglesia católica, muestra, por otra parte, cómo este tipo de proceso es, en cierto sentido, el resultado de la intersección entre grupos sociales teóricamente opuestos que en algunos contextos mantiene fuertes vínculos, ciertamente inesperados, que hacen de sus empresas políticas potentes máquinas de producción del mundo social. Este encuentro colectivamente orquestado, para utilizar la imagen utilizada por Pierre Bourdieu para definir el habitus, tiene lugar “sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta” (1980: p. 88), lo que nos recuerda también el análisis de Norbert Elias sobre los procesos sociales de civilización, “ciegos”, no planeados, sino resultado de la interdependencia social (Elias, 1973).

### C. El barrio como locus político

Las nuevas formas de intervención del Estado así como las transformaciones estructurales del mundo popular favorecieron un proceso de territorialización de este sector. Los barrios populares se convirtieron progresivamente en el espacio principal de obtención de recursos vinculados a la supervivencia para las familias sin empleo estable o con empleos de baja remuneración: los “pobres”. En este contexto, como señala Denis Merklen, “las políticas sociales comenzaron a ocupar la mayor parte de las energías de la movilización colectiva. No se estaba ya en presencia del *pueblo trabajador* que durante décadas se había organizado alrededor de su inscripción salarial” (2005: p. 57). Estas formas de obtención de recursos promovieron, de este modo, la organización política de los sectores populares. Sustrato material de la pluralidad y la densidad organizativa de los barrios, los programas sociales, que llegaban por distintos canales gubernamentales y no gubernamentales, constituían una de las formas dominantes del vínculo entre la política y los territorios. El carácter focalizado de las políticas sociales, así como su gestión descentralizada, contribuyeron a la alimentación de los espacios políticos y sociales a nivel barrial, y el carácter difuso del concepto de “sociedad civil” promovido por estas políticas permitió que los comités partidarios, las asociaciones de vecinos controladas por mediadores políticos y las organizaciones sociales y eclesiales participaran de la implementación de los programas.<sup>xix</sup>



De esta manera, las organizaciones políticas, sociales y religiosas que trabajaban a nivel local, en algunos casos desde los años setenta, y desde los años ochenta en otros casos, y que actuaban principalmente sobre las fracciones más bajas de los sectores populares, encontraron un nuevo impulso. Las unidades básicas del peronismo y los movimientos sociales territoriales –en especial los llamados *piqueteros*– representan así dos formas de organización de los sectores populares que se han desarrollado y han adquirido más importancia a este nivel transformando al mismo tiempo la relación de aquellos con la política. Estas organizaciones son, por otra parte, los blancos de las denuncias político-periodísticas de “clientelismo”, forma de descalificación política de la política popular centrada en sus principales animadores, los emprendedores políticos territoriales. Mostrar en qué medida esta imagen estigmatizante no da cuenta de la complejidad de las relaciones políticas a nivel local, incluso cuando estas últimas están también hechas de circuitos de donación de bienes de origen público distribuidos por los programas sociales de “lucha contra la pobreza”, ha sido también un objetivo de nuestro trabajo.

#### *D. La pobreza como dominio experto: una empresa de objetivación social*

Las transformaciones del tratamiento estatal de los sectores populares, así como la conversión simbólica y política de los “trabajadores” en “pobres”, fueron acompañadas por y, al mismo tiempo, favorecieron, el surgimiento de distintos grupos de expertos que contribuyeron a construir esta nueva representación académica y no académica de estos sectores. Los expertos se consagraron a distintas tareas de medición de las poblaciones así como al diseño, evaluación y control de las políticas sociales, creando al mismo tiempo ámbitos profesionales de inserción y espacios de intercambio y socialización propios que atraviesan los niveles nacionales e internacionales. Se trata de los expertos universitarios en medición de la pobreza y de los “pobres”, de los expertos universitarios en políticas sociales de “lucha contra la pobreza”, y de los expertos en “lucha contra el clientelismo”. En la formación de estos universos, la secuencia cronológica coincide con una suerte de secuencia lógica. Por un lado, a principios de los años ochenta, en el contexto de la transición democrática, en algunas instituciones públicas y, en particular, en el Instituto Nacional de Estadística y Censos (Indec), se comenzó a trabajar en la construcción de instrumentos de medición y clasificación de la pobreza y de los “pobres”.<sup>x</sup> Medir a los “pobres”, objetivarlos estadísticamente, se convirtió en un medio de volverlos visibles y legibles, lo que contribuyó por otra parte a definir mejor el blanco de las políticas de “compensación” –las políticas sociales de “lucha contra la pobreza”– en el contexto de las políticas de ajuste. Interesados por el conocimiento y la objetivación de esta población, los organismos multilaterales contribuyeron ampliamente, tanto desde el punto de vista financiero como desde el punto de vista de los conocimientos técnicos, a las primeras investigaciones sobre la pobreza en el país. Economistas y sociólogos encontraron allí un espacio de inserción profesional que resultó rentable. Por otro lado, tanto en algunas

dependencias públicas como en las filiales nacionales de los organismos internacionales como el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef), los universitarios egresados de carreras de ciencias sociales, en particular, economistas, sociólogos y politólogos, comenzaron a trabajar sobre la historia de las políticas sociales en la Argentina y a colaborar en el diseño de estas políticas con el gobierno de R. Alfonsín. Los dos grupos de expertos –en medición de la pobreza y en políticas sociales– compartían su compromiso con los ideales democráticos de ese gobierno –un proyecto de democratización que debía difundirse desde las instituciones políticas hacia el campo social– así como una voluntad profesional modernizadora, que pretendía instaurar nuevos ámbitos de estudio e inserción profesional en la intersección entre universidades, instituciones estatales, ONG y centros de *expertise* que estos grupos crearon en los años noventa. Por fin, una vez la pobreza establecida como problema social y los “pobres” identificados como grupo necesitado,<sup>xxi</sup> surgieron nuevos expertos que articularon la lucha contra la “corrupción” política –muy presente en la Argentina de ese tiempo (Pereyra, 2008)– con la lucha contra la “manipulación” de los “pobres”. La aparición de estos expertos en “lucha contra el ‘clientelismo’”, aunque poco importantes en términos cuantitativos, da cuenta de la manera en que fue definido este mal social y político. En efecto, en su trabajo estos expertos llegaron a delimitar un problema social, la pobreza, y una misión política, “ayudar a los pobres”, ligada a la percepción de estos últimos en términos de “víctimas” de la “manipulación” de los dirigentes políticos.<sup>xxii</sup> En este contexto, la existencia de relaciones de intercambio vistas como pura coacción política era un freno al “fortalecimiento de la sociedad civil”, remedio principal para la solución de los problemas de los sectores de las clases populares desalarizados y empobrecidos.

#### *E. El “clientelismo” como herramienta de la crítica de la política popular*

Podemos situar en este contexto la importancia de nuestra primera constatación empírica: el uso extendido de la etiqueta “clientelismo” en los espacios académicos y no académicos. Un conjunto heterogéneo de actores interesados por los sectores populares encontró en esta etiqueta una palabra capaz de concentrar sus argumentos y sus energías, hasta el punto en que esta se ha convertido en la forma dominante de la crítica social de la politización de los “pobres”. Al realizar una investigación en la prensa nacional con el fin de recoger los artículos donde esta palabra aparece, entre 1997 y 2007,<sup>xxiii</sup> constatamos no solamente un aumento casi permanente de los usos de la etiqueta en los discursos de los actores de la comunicación política, sino también una asociación muy fuerte entre el “clientelismo” y el mundo popular. La etiqueta sirve así para criticar los usos con fines político-partidarios de las políticas sociales de “lucha contra la pobreza”, para descalificar a ciertos dirigentes políticos o a ciertos partidos –en especial al peronismo–, para indicar el mal funcionamiento de algunas instituciones estatales, etc. No debe pensarse que los usos del “clientelismo” son homogéneos.<sup>xxiv</sup> Al contrario, en el desplazamiento de la palabra de un

mundo social a otro –es decir, en los usos que los actores de los distintos espacios sociales hacen del “clientelismo”– se pueden observar modificaciones de su sentido así como luchas por establecer su definición dominante. Lejos de debilitar su capacidad de designación, los múltiples significados del “clientelismo” hacen de esta palabra –y de las palabras asociadas: “manipulación”, “dádivas”, etc.– la referencia dominante a la relación de los sectores populares con la política. Surge así un problema de importancia para estos grupos sociales, o al menos para los emprendedores políticos y sociales que actúan en su nombre: toda acción política, toda manifestación, toda victoria electoral en distritos “pobres” es sospechada de ser resultado del “clientelismo” y, así, políticamente descalificada y deslegitimada.

#### *F. Entre la cultura inconciente y la economía calculada: el clientelismo como concepto*

La proliferación de los usos de “clientelismo” para hacer referencia a la política popular se constata también en el mundo universitario. Para los académicos, este concepto, antiguamente utilizado por los antropólogos y los historiadores para el estudio de las sociedades llamadas “tradicionales”, pasa a ser un instrumento de la crítica de las “desviaciones políticas”, esencialmente observadas en los países periféricos. Así, en manos de los politólogos americanos y de sus socios de otros países, preocupados por la “calidad de la democracia” y socializados en las teorías de las transiciones democráticas forjadas hacia el final de los años setenta, el “clientelismo” aparece como puro intercambio de bienes por apoyo político, lo que hace de los “pobres” “rehenes” de la voluntad de sus “patrones”. Inspirado por las teorías instrumentalistas con un fuerte componente economicista e individualista, el “clientelismo” de estos politólogos es definido de modo tal de convertirse en un fenómeno mensurable, debido a la importancia de los enfoques cuantitativos en esta disciplina. Una vez simplificado el concepto en términos de puro intercambio utilitario, se procede al aislamiento del momento del intercambio, y, en particular, un tipo de intercambio, el de bienes por votos, con el fin de construir una forma de objetivación consustancial a los análisis empíricos y realistas de lo político que tiene como resultado el concepto de “*vote buying*” (compra de votos).<sup>xv</sup> Los estudios de *vote buying* fueron fomentados por organismos multilaterales como el PNUD o el BM, preocupados por la correcta distribución de los bienes asignados por las políticas sociales de “lucha contra la pobreza”, y por fundaciones norteamericanas promotoras de la mejora de las prácticas electorales luego del escándalo de las elecciones presidenciales de 2000 en Florida, Estados Unidos. Estos estudios definen así un “clientelismo” mercantilizado, que no da cuenta de la multidimensionalidad de los intercambios a nivel local que pudimos observar en nuestro trabajo de campo.

Ante este enfoque “instrumentalista”, algunos sociólogos trabajaron en una crítica que buscaba volver a situar en el centro la dimensión simbólica y moral de las relaciones de clientela. Para ello, mostraron cómo junto a los bienes circulan otras cosas, es decir, tradiciones políticas,

sentimientos de reciprocidad, formas de honor, vínculos amistosos y familiares, etc. La versión más acabada de este enfoque está representada por los trabajos del sociólogo argentino Javier Auyero, muy influyente en los estudios sobre el tema en América Latina. Al “clientelismo instrumentalista”, el autor opone un “clientelismo culturalista” cuyo mérito es poner de relieve esta “doble vida” de los intercambios políticos. Sin embargo, al destacar los mecanismos inconscientes que operan en estas relaciones de clientela, y que Auyero define valiéndose del concepto de *habitus* como “*habitus clientelar*”, sitúa como realidad de segundo orden las dimensiones de conflicto y negociación que forman parte de los intercambios políticos territoriales, y subraya el hecho de que los “clientes” son dominados en su vínculo con los “patrones”, al tiempo que soslaya el carácter reflexivo y negociado de estas relaciones asimétricas.

En nuestro trabajo, intentamos mostrar en qué medida estos dos enfoques son insuficientes, y cómo, por medio del concepto de *cálculo moral*, orientado a superar la dicotomía entre la dimensión calculada y la dimensión no calculada de estos circuitos políticos, se pueden utilizar los aportes del enfoque culturalista sin perder de vista la importancia del conflicto y las tensiones consustanciales a los circuitos políticos locales donde circulan bienes de origen público y formas de apoyo político.<sup>xxvi</sup>

#### **4. El clientelismo como máquina crítica**

Podemos decir que la creciente utilización en Argentina de “clientelismo” como categoría académica y como etiqueta moral se debe al hecho de que sirve a los intereses de los distintos observadores del mundo popular –tanto académicos como expertos, tanto políticos como periodísticos– más que a su exactitud en términos conceptuales. Si en ocasiones la categoría “clientelismo” vuelve más confusa de lo que aclara la especificidad de la relación de los sectores populares con la política, las razones de su uso deben buscarse más en sus productores que en las prácticas percibidas de este modo.

El “clientelismo” aparece así como una categoría capaz de atraer a distintos actores interesados por la definición de las buenas formas de compromiso de los sectores populares con la política. Como señala Jean-Louis Briquet para el caso italiano, “al circular en sectores diferentes del espacio social, esta tesis [del clientelismo como práctica dominante en el sur del país] se impone como tópico académico y político difícilmente cuestionable” (Briquet, 2006: p. 51-52). En la Argentina, esta etiqueta permite explicar, en primer lugar, la persistencia del poder del peronismo –definido como un partido “clientelista”– entre “los pobres”. Los usos de “clientelismo” ya no provienen, en este sentido, de la movilización de la oposición clásica “tradición-modernidad” que había servido para dar cuenta, por ejemplo, de la presencia del peronismo entre los trabajadores migrantes –sin experiencia sindical y socializados en medios rurales tradicionales de las provincias más pobres.<sup>xxvii</sup> Al contrario, estos usos están vinculados a una visión de los sectores populares

como “rehenes de la necesidad”, condición que sería explotada por los peronistas. En segundo lugar, el “clientelismo” se asocia a las “anomalías políticas argentinas”, al igual que el “populismo” y la “corrupción”. Esta palabra aparece como una herramienta crítica *prêt-à-porter* al momento de atribuir a los “políticos” la responsabilidad de las crisis sucesivas vividas por el país.<sup>xxviii</sup> En manos de los críticos neoliberales, esta etiqueta es movilizada como máquina de guerra contra el exceso de intervención estatal y contra el aumento desproporcionado del gasto público. En tercer lugar, la palabra permitió a los partidarios de las políticas sociales focalizadas explicar las dificultades de los programas sociales de “lucha contra la pobreza” para sacar a los “pobres” de su estado de carencia. Para los expertos que trabajan siguiendo los principios de los organismos multilaterales de crédito, se trata de poner de manifiesto que el problema no es la corrección de sus principios sino su mala puesta en práctica por parte de los políticos y los funcionarios argentinos, en especial de los dirigentes locales, acostumbrados a hacer un uso clientelista de los bienes públicos en vez de distribuirlos según los criterios técnicos de la focalización. En este sentido, la movilización del “clientelismo” habilita también una crítica de las políticas sociales “extremadamente” masificadas, o incluso universales, capaces hacer de los “pobres” seres perezosos.

Por fin, los usos de esta etiqueta permiten emprender una crítica de la participación de los “pobres” en política: de su movilización, de sus intervenciones en los lugares públicos, etc. Como señala Jean-Louis Briquet para el caso italiano: “A través de la crítica de las desviaciones clientelistas de la vida política, las élites conservadoras (directamente o por medio de los intelectuales que son sus portavoces) pretendían desacreditar a los actores sociales a quienes la democratización del voto daba la posibilidad de integrar las arenas político-administrativas del poder local o nacional –y que amenazaban así su autoridad política y su estatus” (Briquet, 2006: p. 53).

## Bibliografía

- Acuña, Carlos; Kessler, Gabriel; Repetto, Fabián (2002), *Evolución de la política social argentina en la década de los noventa: Cambios en su lógica, intencionalidad y en el proceso de hacer la política social*. Informe para el Proyecto Self-Sustaining Community Development in Comparative Perspective Coordinado por el Center for Latin American Social Policy, CLASPO, The University of Texas at Austin.
- Becker, Howard (1985), *Outsiders. Etudes de sociologie de la déviance*, París, Métailié.
- Bourdieu, Pierre (1980), *Le sens pratique*, París, Minuit.
- (1996), “La delegación y el fetichismo político”, *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa.
- Briquet, Jean-Louis (1995), “Les pratiques politiques ‘officieuses’. Clientélisme et dualisme politique en Italie du Sud”, *Genèses*, n° 20, pp. 73-94.
- (2006), “Les formulations savantes d’une catégorie politique. Le clientélisme et l’interprétation sociohistorique du “cas italien””, *Genèses*, n° 62, pp. 49-68.
- Canitrot, Adolfo (1981), “Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981”, *Desarrollo Económico*, v. 21, n° 82, pp. 131-189.
- Castel, Robert (1995), *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*, París, Gallimard.

- Champagne, Patrick (1991), "La construction médiatique des 'malaises sociaux'", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 101-102, pp. 64-76.
- del Cueto, Carla y Mariana Luzzi (2008), *Rompecabezas. Transformaciones en la estructura social argentina (1983-2008)*, Buenos Aires, UNGS/Biblioteca Nacional.
- Desrosières, Alain (2003), "Historiciser l'action publique: l'Etat, le marche et les statistiques", in Laborier P. y Trom D. (éds), *Historicités de l'action publique*, Paris, PUF, pp. 207-221.
- Duhau, Emilio (1997), "Las políticas sociales en América Latina: ¿del universalismo fragmentado a la dualización?", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 59, N° 2, pp. 185-207.
- Elias, Norbert (1973), *La civilisation des mœurs*, Paris, Calmann-Lévy.
- Fassin, Didier (1996), «Exclusion, underclass, marginalidad. Figures contemporaines de la pauvreté urbaine en France, aux Etats-Unis et en Amérique latine », *Revue de sociologie française*, vol. 37, n° 1, pp. 37-75.
- Golbert, Laura (2004) *¿Derecho a la inclusión o paz social? Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados*, Santiago del Chile, Cepal, Serie Políticas Sociales.
- Kitschelt, Herbert y Steven Wilkinson (2007), *Patrons, clients and Policies*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lodola, Germán (2005), "Protesta popular y redes clientelares en la Argentina: el reparto federal del plan trabajar (1996-2001)", *Desarrollo Económico*, vol. 44, n° 176, pp. 515-536.
- Lo Vuolo, Rubén y Alberto Barbeito (1998), *La nueva oscuridad de la política social: del Estado populista al neoconservador*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Merklen, Denis (2005), *Pobres ciudadanos*, Buenos Aires, Gorla.
- Murillo, María Victoria (1997), "La adaptación del sindicalismo argentino a las reformas de mercado en la primera presidencia de Menem", *Desarrollo Económico*, vol. 37, N° 147, pp. 419-446.
- Pardo, Marcia (2003), *Reseña de programas sociales para la superación de la pobreza en América Latina*, Santiago de Chile, Cepal, Serie Estudios estadísticos y prospectivos.
- Paugam, Serge (1991), « Les statuts de la pauvreté assistée », *Revue française de sociologie*, vol. 32, n° 1, pp. 75-101.
- (1998) "Les formes contemporaines de la pauvreté et de l'exclusion. Le point de vue sociologique", *Genèses*, vol. 31, n° 1, pp. 138-159.
- Pereyra, Sebastián (2008), "La lucha contra la corrupción y las políticas de transparencia: un programa global, un problema local", en A. Grimson y A. Pereyra (eds.), *Conflictos globales, voces locales*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 89-134.
- Prévôt Schapira, Marie-France (1996), "Las políticas de lucha contra la pobreza en la periferia de Buenos Aires, 1984-1994", *Revista Mexicana de Sociología*, 58 (2), p. 73-94.
- Simmel, Georg (1998), *Les Pauvres*, París, Quadrige, PUF, 1908, reedición de 1998.
- Stokes, Susan (2005), "Perverse accountability. A formal model of machine politics with evidence from Argentina", *American Political Science Review*, vol. 99, n° 3, pp. 315-325.
- Svampa, Maristella (2004), "Cinco tesis sobre la nueva matriz popular", *Laboratorio/on line, Revista de estudios sobre cambio social*, año VI, n° 15. Disponible en <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>
- Torres, Pablo José (2003), *El clientelismo. Una visión desde los grandes diarios argentinos*, www.lavaca.org.
- Vommaro, Gabriel (2007), "Acá no conseguís nada si no estás en política". Los sectores populares y la participación en espacios barriales de sociabilidad política", *Anuario de Estudios en Antropología Social 2006*, pp. 161-178.
- (2008) *Lo que la gente quiere. Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*, Buenos Aires, UNGS/Prometeo.
- (2009) "Diez años de ¿Favores por votos? El clientelismo como concepto y como etiqueta moral". En Eduardo Rinesi, Gabriel Vommaro y Matías Muraca (comps.), "Si este no es el pueblo...". *Hegemonía, populismo y democracia en Argentina*, Buenos Aires, UNGS/UNMDP, pp. 141-158.

## Notas

<sup>1</sup> Este trabajo recoge algunos de los resultados de nuestra tesis doctoral de sociología, titulada "Regards croisés sur les rapports des classes populaires au politique en Argentine. Retour sur la question du clientélisme", Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, 2010.

<sup>ii</sup> Gabriel Vommaro es investigador-docente en la UNGS (IDH, Área de Estudios Políticos) e Investigador Asistente del Conicet. Es doctor en sociología por la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. Cursó la carrera de sociología en la UBA, donde fue docente de Teoría Social y de Teoría Política.

Gabriel Vommaro est chercheur-enseignant de l'Université Nationale de General Sarmiento (IDH, Études Politiques) et chercheur assistant du CONICET. Il est docteur en sociologie de l'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales. Il est diplômé en Sociologie de l'Université de Buenos Aires, où il a été enseignant de théorie sociale et de théorie politique.

<sup>iii</sup> Utilizaremos esta palabra entre comillas con el fin de destacar el hecho de que se trata de un vocabulario utilizado por los propios actores, muy connotado tanto del punto de vista técnico como simbólico por los grupos sociales aquí estudiados. El mismo tratamiento se aplicará a otras categorías: “pobres”, “sociedad civil”, “lucha contra la pobreza”, “*empowerment*”, etc.

<sup>iv</sup> Movilizamos la noción de etiqueta en el sentido que ha dado al concepto Howard Becker en sus trabajos sobre las actividades de etiquetamiento de las prácticas sociales percibidas como desviadas. Para el autor, la “desviación” debe ser estudiada siguiendo la construcción de las miradas sociales sobre esas actividades, que no son desviadas en sí mismas, sino que se transforman en ello en virtud del éxito de ciertas visiones morales y políticas sobre lo bueno y lo malo en ese terreno. En tanto el “clientelismo” es visto como una desviación de las buenas prácticas democráticas, debemos interesarnos por los actores y por las prácticas etiquetadas bajo esta palabra, definidas de este modo como desviaciones políticas, así como por los actores y por las prácticas de etiquetamiento. Cf. (Becker, 1985).

<sup>v</sup> Partimos de la idea enunciada por Pierre Bourdieu sobre la formación de las ideologías en el mundo social como objeto de disputa de las luchas simbólicas en el campo del poder: “Los objetos del mundo social [...] pueden ser percibidos y expresados de diferentes maneras, porque siempre comportan una parte de indeterminación y de imprecisión y, al mismo tiempo, un cierto grado de elasticidad semántica. Este elemento objetivo de incertidumbre –que es a menudo reforzado por el efecto de categorización, pudiendo la misma palabra cubrir prácticas diferentes– provee una base a la pluralidad de puntos de vista; y al mismo tiempo una base para las luchas simbólicas por el poder de producir y de imponer la visión del mundo legítima” (Bourdieu, 1996: p. 136-137).

<sup>vi</sup> Es por eso que estudiamos la sociabilidad política en un barrio popular en una provincia argentina conocida por sus prácticas políticas “tradicionales”, como lo es Santiago del Estero. Sobre este punto, cf. (Vommaro, 2007).

<sup>vii</sup> Desarrollamos una definición de este espacio en (Vommaro, 2008). Se trata de un conjunto de escenas del trabajo representativo de los políticos en la que también actúan otros grupos sociales para volver visible y legible el mundo social. Aunque el conflicto por los puestos institucionales sigue siendo un objeto de disputa fundamental de la competencia entre políticos, la lucha simbólica se desarrolla entre estos últimos, los distintos grupos de expertos y los periodistas políticos. Este espacio delimita así una parte de la lucha política, que tiene lugar en los medios o bien fuera de ellos pero con el objeto de ser mediatizada. A diferencia de otras formas más antiguas de información sobre los acontecimientos políticos, como la transmisión de debates parlamentarios o de discursos presidenciales o ministeriales, estas escenas mediáticas no son medios sino fines de la acción política, puesto que el conflicto político se desarrolla en ellas.

<sup>viii</sup> Sobre este punto, cf. el iluminador trabajo de (Svampa, 2004).

<sup>ix</sup> En el sentido en que utiliza el término Denis Merklen (2005), quien afirma que de este modo es posible pensar la relación de los sectores populares con la política no como una actividad que ocurre después de una socialización en la pobreza, sino como un elemento central de la vida diaria de estos sectores.

<sup>x</sup> Georg Simmel ya había mostrado las ambigüedades de la categoría de “pobre” así como su vínculo con la forma en que los que así se definen son tratados socialmente. Así, para el autor, “es a partir del momento en que son asistidos, quizá incluso cuando su situación podría dar derecho a la asistencia, aunque aún no haya sido concedida, que se convierten en parte de un grupo caracterizado por la pobreza. Este grupo no permanece unificado por la interacción entre sus miembros, sino por la actitud colectiva que la sociedad como totalidad adopta respecto de ellos. Por lo tanto, la pobreza no puede, en este sentido,

definirse como un estado cuantitativo en sí mismo, sino solamente en relación a la reacción social que resulta de una situación específica” (1998). Cf. sobre el punto (Paugam, 1991 y 1998).

<sup>xi</sup> A diferencia de otros casos latinoamericanos, quizá debido al hecho de que las protecciones sociales universales siguen funcionando en la Argentina para los asalariados formales, así como los servicios sociales de salud y educación públicas para los sectores populares en general –de hecho, el presupuesto de las políticas de asistencia no aumentó de manera considerable (Lodola, 2005: p. 517). Lo más importante aquí no es, así, el aumento del gasto social en general, sino la orientación de un mayor porcentaje del mismo hacia grupos anteriormente marginales.

<sup>xii</sup> Según Robert Castel, la cuestión social puede ser definida como “una aporía fundamental en la cual una sociedad experimenta el enigma de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura. Es un desafío que interroga, pone en cuestión la capacidad de una sociedad (lo que en términos políticos se denomina una nación) para existir como un conjunto vinculado por relaciones de interdependencia” (1997: p. 20).

<sup>xiii</sup> El carácter innovador del programa puede verse también en el hecho de que se convirtió en un modelo en América Latina, donde durante los años ochenta numerosos países establecieron programas similares.

<sup>xiv</sup> Sobre los programas de “lucha contra la pobreza” en América Latina, cf. un resumen de las iniciativas en el ámbito publicado por la Cepal (Pardo, 2003).

<sup>xv</sup> Varios autores indican la especificidad del caso argentino, por otra parte compartido por otros países como Uruguay. Cf., por ejemplo, (Duhau, 1997).

<sup>xvi</sup> Como afirma Didier Fassin, “corresponde a las ciencias sociales preguntarse no solo por las realidades sociológicas que se describen (las características de las poblaciones en cuestión y los procesos por los cuales la pobreza urbana se desarrolla), sino también por la manera en que estas realidades se construyen, luego son tratadas por los periodistas, las administraciones, el público y los propios investigadores (la manera de reconocerlas, de nombrarlas, de explicarlas y, finalmente, de brindarles respuestas)” (1996 : p. 70).

<sup>xvii</sup> La progresión del número de programas nacionales focalizados da cuenta, por otra parte, de las dificultades estatales para administrar el problema de la pobreza. En 1996, el Estado disponía de 48 programas sociales destinados a la atención de personas en situación de pobreza y vulnerabilidad social. El número de programas es de 53 en 1997, de 55 en 1998 y de 70 en 1999. Cf. (Acuña et al, 2002).

<sup>xviii</sup> Cf. (Prévot-Schapira, 1996).

<sup>xix</sup> Dos programas sociales vinculados a dos contextos sociopolíticos específicos van transformar las condiciones de gestión de las políticas sociales y a favorecer las formas de organización territorial de los sectores populares. En primer lugar, el Plan Trabajar de los años noventa, cuyo objetivo consistía “en ofrecer un empleo transitorio a trabajadores desocupados en condición de pobreza o de “vulnerabilidad social” [...] Durante los años noventa, esta modalidad de intervención adquirió una gran legitimidad en virtud de su importancia para disminuir el conflicto social a nivel subnacional” (Acuña et al, 2002: p. 28). En segundo lugar, el Plan Jefes y Jefas de Hogar, de 2002. Aunque conservaba las características de los programas focalizados, la novedad residía en la amplitud de su alcance y en la combinación de algunas características de política universal –este programa introduce el concepto de derechos, por ejemplo– con los criterios de focalización de los años noventa. Cf. (Golbert, 2004).

<sup>xx</sup> Cabe señalar que no existía hasta entonces un instrumento aceptado e institucionalizado de medición de la pobreza. La redefinición de la cuestión social en términos de pobreza, así como de los “trabajadores” en términos de “pobres”, requería instrumentos capaces de hacer existir estos nuevos seres sociales no sólo como realidad moral sino también como hecho objetivo y mensurable. No debe así sorprender que estos dos hechos –la redefinición de la cuestión social y la mensurabilidad de los objetivos de estas políticas– hayan tenido lugar casi en paralelo, pues la objetivación de una realidad social no es independiente de las empresas políticas y simbólicas destinadas a hacerla existir. Como señala A. Desrosières, a diferencia de lo que sostiene la “concepción realista de la estadística” según la cual “esta era un simple instrumento de



medida, exterior a una “realidad” que preexistía”, “la producción de conocimiento estadística es un componente esencial” de la sociedad que tiene por objeto “describir” (2003: p. 220).

<sup>xxi</sup> No se trata de negar el empobrecimiento de las clases populares y capas más bajas de las clases medias argentinas, sino de mostrar cómo las figuras del “pobre” y de la “pobreza” bajo las cuales se comienza a tratar casi enteramente la compleja realidad de estas clases 1) son el producto de una construcción social de la cuestión social; 2) vehiculizan transformaciones del tratamiento estatal de los sectores populares; 3) contribuyen a trazar la historia de los transformaciones de las formas de percepción y de apreciación de la relación de los sectores populares con la política en la Argentina, puesto que, a diferencia de los “trabajadores”, los “pobres” serían vistos como “dependientes”, primer paso hacia su etiquetamiento en términos de “clientes”. Como lo destaca Serge Paugam, “querer definir al “pobre” o “al excluido” en función de criterios precisos, juzgados como científicos, conduce, en la práctica, a reificar las nuevas categorías sociales [...] y a dejar entender que puede existir una ciencia de la pobreza o la exclusión independiente del contexto cultural específico de cada sociedad” (1998: p. 141).

<sup>xxii</sup> De hecho, en 2006, la Fundación CIPPEC, una de las que cobija a estos expertos asociados a la “lucha contra el clientelismo”, creó un programa de “consultorio social” llamado “Clientes o ciudadanos” que tenía por uno de sus objetivos trabajar en las denuncias de “clientelismo” a partir de la construcción de casos judiciales de “víctimas”. Este proyecto, financiado por la National Endowment for Democracy, daba cuenta de la visión dominante que tenían los expertos a cargo respecto de los “pobres”, percibidos como seres pasivos y manipulables.

<sup>xxiii</sup> Trabajamos con los dos principales diarios nacionales argentinos, *Clarín* y *La Nación*, tanto en virtud de su difusión nacional como de su lugar en la competencia periodística. La delimitación temporal de los archivos se relaciona con razones de tipo práctico y de tipo analítico. En cuanto a las primeras, comenzamos en 1997 puesto que es desde este momento que estos diarios han digitalizado sus ediciones en papel y han iniciado sus ediciones on line, lo que hacía factible un relevamiento de la exhaustividad que nos propusimos. Las razones de tipo analítico nos llevaron a abarcar un período más o menos extenso, iniciado en los primeros años de problematización mediática del desempleo y la pobreza así como de las políticas sociales puestas en marcha para combatir esta última, e incluyera los años de crisis más aguda (2001-2002), así como el posterior aumento de la politización de la cuestión social y de la relación de los sectores populares con la política, que alcanza sus picos más altos en los años de gobierno de Néstor Kirchner.

<sup>xxiv</sup> El “clientelismo” aparece asociado a distintos males de la sociedad argentina: según los intelectuales, está vinculado al “populismo”; según los empresarios y los economistas, junto al “populismo” es necesario situar la “demagogia”. Según los periodistas y los expertos, el “clientelismo” es una subespecie de la “corrupción”. Cf. (Vommaro, 2010), en especial los capítulos 6 y 7.

<sup>xxv</sup> En esta perspectiva, cf. por ejemplo (Kitschelt y Wilkinson, 2007; Stokes, 2005).

<sup>xxvi</sup> Este concepto lo hemos desarrollado junto a Julieta Quirós en (Vommaro y Quirós, 2011).

<sup>xxvii</sup> Como es el caso de las críticas a la cultura poco “cívica” de la Italia de los años cincuenta y sesenta, desarrollada por Gabriel Almond y Sidney Verba. Cf. (Briquet, 2006).

<sup>xxviii</sup> Como afirma Jean-Louis Briquet con respecto al caso italiano: “Más que como una modalidad posible de organización y mantenimiento de los vínculos y lealtades partidarias, el clientelismo se constituyó en una expresión emblemática de las patologías políticas de Italia, una prueba del carácter desviado de las trayectorias de su desarrollo político (Briquet, 2006: p. 50).